



Michèle Desbordes  
**EL VESTIDO AZUL**  
PERIFÉRICA

Era cuando ella lo esperaba. Era, sin duda, en los días en que ella lo esperaba cuando, habiendo recibido la carta que anunciaba su visita y, tomando una de las sillas del corredor, se instalaba fuera para esperarlo, arrastraba la silla por la hierba junto a la escalera de entrada y se sentaba a la sombra de los robles, y un poco de sol atravesaba las ramas, jugando sobre la grava y el boj, las flores a los pies del árbol. Él la encontraba allí cuando llegaba, sentada en aquella silla delante del pabellón, inmóvil y con las manos cruzadas sobre el regazo, con aquellos vestidos grises o marrones, siempre los mismos, y aquel sombrero con el que se la ve en las fotos, del mismo color indefinible, y que en los primeros años le enviaba su madre, asegurándole que le haría falta; estaba allí, inmóvil y silenciosa, y acechando el instante en que él aparecería por el sendero, el pequeño camino escarpado por el que ascendería desde la plaza arbolada donde aparcaban los coches, acechando ese momento mientras ya pensaba qué le diría, cuánto tiempo hacía que no lo veía, meses, estaciones enteras, desde el verano o la primavera anterior, y aún más, cuando pasaban años sin que él realizara el viaje. Y entonces, sacaba un cuaderno del bolsillo, lo hojeaba y buscaba las páginas y las listas, desgranadas unas encima de las otras las fechas y las estaciones que ella había tomado la costumbre de anotar, registrando ahí, año tras año, todo lo que había que registrar

respecto de los días, los acontecimientos o las cartas que recibía. Incluso allí en Montdevergues, donde tan pocas cosas pasaban, mantenía aquel hábito, pidiendo una y otra vez con qué escribir, papel para las cartas y un cuaderno en el que a veces la veían tomar notas; necesitaba cuadernos, decía, y anotar todo cuanto había que anotar respecto al paso del tiempo.

Registraba el paso del tiempo, repetía, los años, las estaciones y todos los días en los que esperaba, no hacía otra cosa que esperar; la veían sacar de los bolsillos, o del pequeño ridículo\* que llevaba colgado de la muñeca, el cuaderno que se pondría a hojear, toda recta con sus vestidos y sus abrigos grises o marrones, siempre los mismos, por cuya abertura asomaba una falda de un color igualmente indefinido, o de nuevo, aquella especie de vestido, aquella casulla de tela áspera y clara de la que él habló una vez, y que su madre, al acabar la guerra, envió allí junto con el sombrero de paja, escribiendo que le favorecería y que luciría bien algunos veranos; aquella clase de vestido, de funda informe y sin color, dentro del cual, ahora que había adelgazado, daba la impresión de desaparecer, y que, rodeada de sirvientas, a quienes pedía un cinturón o una bufanda para ceñir la tela demasiado holgada, ella se probaba la misma mañana delante de los espejos del vestíbulo.

Así la encontraba él cuando llegaba, a la sombra de los robles donde se colocaba para verlo franquear la

verja y penetrar en el patio, la pequeña plaza con plátanos donde él tomaba el sendero, el camino de tierra y piedras que se estrechaba enseguida hasta convertirse en un angosto repecho bajo los árboles, cedros y tamariscos cuyo aroma se dejaba sentir por toda la colina, y si hacía buen tiempo salían y caminaban hasta el parque, a veces incluso por los senderos que había pasados los pabellones; caminaban juntos como antaño, hollando la maleza y las pequeñas garrigas, entre aquellos calidísimos olores, y, deteniéndose para recobrar el aliento, contemplaban los Alpes y el Luberon; desde allí arriba la vista era incomparable, decían; se sentaban a la sombra de los robles y aspiraban el aroma del tomillo, del romero y, más abajo, cuando descendían de nuevo, el olor seco de los iris.

La llevaba hasta lo alto de la colina, hablándole del viaje que acababa de realizar, del camino que había hecho y del tiempo que había tardado desde su *château* en Brangues o desde Marsella, donde había atracado el barco procedente de China; paseaban uno al lado del otro, hablando de viajes, de trenes y barcos; caminaban todo el tiempo, siempre que ella no estuviera cansada o no sufriera aquellos dolores en las piernas de los que ahora se quejaba; después, regresaban sin prisa, hacía muy buen tiempo, aspiraban la fragancia de las colinas y de la tarde que caía, y cuando se levantaba el viento, hablaban del viento y se acordaban de Villeneuve.

\* En la indumentaria de la época se llamaba así a la bolsa que, sujeta por unos cordones, usaban las señoras para llevar el pañuelo y otras menudencias. [N. del T.]

Volvían hablando de Villeneuve y de todos los recuerdos que tenían, de aquel viento y aquella lluvia impetuosos, y del pueblo agazapado, encogido en sí mismo como un animal en peligro, de los caminos por donde ella lo llevaba para buscar arcilla, caminos por los que a él, cada vez más rezagado, le costaba seguirla, aunque ella se giraba para llamarlo y se sentaba a esperarlo al borde de un talud, y cuando empezaba a llover, una de aquellas lluvias salvajes e intensas que caían allí, y tan persistentes que se podía pensar que nunca escamparía, se resguardaban bajo un árbol; decían que amaban el viento y la lluvia incesantes, que se ensañaban con el pueblo y los campos de la meseta, y los bosques de alrededor; los dos, avanzando, doblados en mitad del viento, cuando regresaban al anochecer de la yesera y del bosque de Coincy, adonde iban a ver las piedras; aquel viento perpetuo, imparable; hablaban del viento y de los páramos que allí había, del cielo inmenso como los cielos sobre el mar, y cuando volvían a casa no se ponían a hacer los deberes bajo la lámpara de la cocina, sino que iban a la buhardilla a amasar la arcilla que llevaban en los bolsillos, mientras que, abajo, los llamaban para la cena, preguntándoles qué hacían allí arriba a esas horas, y enseguida todo eran gritos en la casa; en aquella casa, en aquella familia, diría él más tarde, era preciso gritar, porque de otro modo nadie te oía, así que se gritaban unos a otros, daban rienda

suelta a su odio y su cólera, y se hacían todos los reproches que tenían que hacerse, gritándose los unos a otros hasta que, de golpe, se hacía el silencio y sólo se oían los pájaros y los caballos que pasaban, una postre-borrasca sobre el tejado o, en la cocina, el ruido de una cacerola o de una sartén que alguien apartaba del fogón con un gesto brusco.

Más tarde, mezclando las grandes llanuras y las grandes mesetas, la desolación de los inviernos en los que soplaban vientos imparables, con aquello que siempre habían sido –como si por haber nacido en aquella región no pudieran hacer otra cosa que abrazar también sus violencias, sus rudezas y sus cóleras–, él hablaba de ellos, allí, en su casa de Villeneuve, y de ella, que era la más irritable de todos, con aquella especie de destellos, de fuego invisible en los ojos, en la piel misma, recordaba él, y el cuerpo que se tensaba entero, que se arrojaba sobre enemigos igualmente invisibles, mientras, hablando alto y claro, ella decía cómo debían ser las cosas, y poco a poco los cabellos se le soltaban, escapaban de las horquillas y caían sobre los hombros, sobre la espalda, por donde se esparcían, pesados y brillantes, con reflejos de cobre oscuro en aquella masa espesa, ese color del que él hablaba, tan singular, decía. Mientras ella se tranquilizaba, yendo y viniendo alrededor de él con su pedazo de arcilla en la mano, y le pedía que se quedara quieto donde estaba y que posa-

ra para ella, anochecía o la lluvia golpeaba los cristales con aquella constancia, con aquella obstinación que hacía que uno pensara que nunca pararía; permanecían allí, hablando de todo y de nada, él ya le hablaba de mares lejanos, de ciudades y países extranjeros adonde quería ir, de todos los trenes y barcos que partían allí donde, según decía, algún día viviría; ella escuchaba en silencio, escuchaba y de repente reía con aquella risa que tenía, resonante y dura, como la voz febril y punzante con la que le preguntaba si era aquello lo que él quería, irse a vivir a la otra punta del mundo y olvidarse para siempre de ellos.

TRADUCCIÓN DE DAVID M. COPÉ

«Sin ruido innecesario, lejos de la moralina habitual o de obligarnos a una interpretación preconcebida, esta novela de Michèle Desbordes permite escuchar admirablemente la vibración de un tiempo detenido.»  
Patrick Kéchichian, *Le Monde*

«Michèle Desbordes firma un libro infinitamente delicado sobre el truncado destino de Camille Claudel.» Valérie Marin La Meslée, *Le Magazine Littéraire*

«A su manera, Desbordes acaba de dar un golpe de autoridad en el debate actual sobre la novela.»  
Jean-Claude Lebrun, *L'Humanité*

**Una mujer que espera y recuerda. Una novela celebradísima en Francia.**

Una anciana sentada en un jardín espera. Es el jardín del manicomio de Montdevergues, la mujer es Camille Claudel, a quien muchos sólo conocen por ser la amante del escultor Rodin, aunque ella misma era una artista magnífica. Pasado y presente se mezclan, con una prosa portentosa y unas descripciones bellísimas, en esta novela que cuenta una época (finales del siglo XIX y comienzos del XX) y una vida de manera ejemplar. No es la *enfermedad* de Camille, esa locura de amor, ni el estudio del entorno familiar, lo que interesan a Desbordes, sino lo que no había sido dicho hasta ahora... No hay anécdota o juicio en su novela. No cabe decirlo de otro modo: un libro poderoso.



Michèle Desbordes